

SÉTIMO DIA.

ENTIERRO DEL SALVADOR

Y SOLEDAD DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

*Super me confirmatus est
favor tuus, et omnes fluctus
tuos induxisti super me.*

Psalm. 87, v. 8.º

«SOLA y abandonada como la viuda ha quedado la Señora de las naciones; sus amigos se trocaron en enemigos, y no hay quien la consuele entre todos los que le amaban...» Así describe Jeremías, mis amados, la desolacion de la ciudad santa. Pero ¿con cuánta más razon que el profeta, á la vista del tier-nísimo espectáculo que nos ofrece el Calvario, podemos repetir en este dia: «Sola y abandonada como la viuda ha quedado la Señora de las naciones; sus amigos se trocaron en enemigos, y no hay quien la consuele entre todos los que le amaban.» Continue-

mos el orden de nuestras meditaciones, y avivad vuestra fé y vuestra sensibilidad, porque vamos á agotar hoy hasta las heces del amargo cáliz.

*la humo visto
salirle al en
cuentro y seguir
y ver y poner
al pie de la t.
etc.*

Dejamos ayer á la afligida María sentada junto á la Cruz, y abrazada con el ensangrentado cadáver del Salvador. Pero la noche se acerca y era preciso darle sepultura. Los santos varones, el evangelista amado y unas piadosas mujeres, que suspiran y sollozan sin consuelo; hé aquí, señores, el lúgubre aparato, la pompa fúnebre del Salvador del mundo. Estos, pues, en el mayor silencio, conducen el cadáver á un sepulcro, depositan allí tan preciosos restos y, cubriéndolo con una grande losa, vuélvese la desconsolada Madre á la ingrata Jerusalem, y en aquella ciudad deicida se entrega al dolor más profundo. Este es el objeto de nuestra meditacion.

Y ¡qué grande, qué terrible es este espectáculo! ¡Él es el sello y complemento de la pasion del Salvador, y el último esfuerzo, permitidme esta expresion, de la justicia eterna de todo un Dios irritado! Jesucristo conducido á un sepulcro desierto, y olvidado allí de todos, ínterin Jerusalem ingrata, celebra con regocijo estúpido la solemnidad de la Pascua. Y aquel pueblo deicida, satisfecha ya su venganza fiera, olvídase de su Libertador y de su Rey, que habia esperado por espacio de cuarenta siglos, y se entrega á los placeres vanos. Nuestra tierna Madre en la soledad más amarga, abandonada de todos, y perdido ya hasta el triste consuelo de poseer

siquiera el cadáver de su amado Jesus, ínterin ciego y endurecido el pueblo judío se adormece en su maldad, vuelve la espalda al Salvador, y se gloria en su muerte y en su misma ceguedad y abandono.

Ved aquí, mis amados, con cuánta razon os he dicho que vamos á agotar hoy hasta las heces del cáliz de amargura, que derrama sobre el corazon de la Santísima Virgen la mano airada del Altísimo; por eso repite las palabras, tantas veces citadas, del profeta: «Sobre mí se ha descargado, etc.» Yo intento ponderar el dolor último, é imposible de comprender, de la afligida María en su soledad y desamparo, más insoportable y espantoso porque en ella se representa la soledad y desamparo del pecador endurecido, abandonado de Dios y entregado á los horrores de la impenitencia, último y más terrible castigo de cuantos se depositan en los tesoros de la cólera de un Dios irritado, y efecto infalible de la reincidencia.—AVE MARÍA.

*Super me confirmatus est
furor tuus, et omnes fluctus
tuos induxisti super me.*

Psalm. 87, v. 8.º

Y ¡qué terrible se ostenta, decia, señores, qué terrible se ostenta el brazo fuerte del Altísimo cuando quiere manifestar su santidad y su justicia eternas! El mundo y el infierno han vomitado ya toda su cólera, empero el cielo se muestra todavía de bronce á los clamores de esa triste Madre. Apenas habia gustado el dulce y deseado tristísimo consuelo de estrechar en sus brazos el cadáver del amado de sus entrañas, la fuerza del decreto eterno la obliga á presenciar nuevas escenas de amargura y de horror. Continúadme vuestra atencion.

Era la víspera de la Pascua, segun unos, ó el mismo dia, segun otros, y no debian quedar los cadáveres insepultos, segun la escrupulosidad hipócrita con que celebraban los judíos sus festividades. La afligida Madre, olvidada hasta de sí misma, estrecha contra su pecho el cadáver de su amado, y sumergida en contemplacion altísima, y levantando sus ojos al cielo, y volviendo á fijarlos en las heridas del amado de sus entrañas, parecia, señores, que ha perdido la sensibilidad y la vida. Pero los santos

varones le recuerdan que era preciso darle sepultura. Toman de sus virginales manos el ensangrentado cadáver, y lo extienden sobre una grande piedra para embalsamarlo, segun la costumbre de los judíos, y hé aquí una nueva escena de dolor para nuestra tierna Madre. Ella vuelve á ver y tocar una por una las heridas de su amado Jesus difunto; registra con sus mismos ojos aquel corazon sagrado, trono de la divinidad, dividido por la lanza, y aquellas piadosas entrañas, respirando todavía amor al hombre. ¡Ah, y cuántos sacrificios, gran Dios, exiges de esta tierna Madre!... Ella contempla aquel último obsequio que tributan á su Dios los fieles discípulos, y revestida de una fortaleza divina, arranca con sus mismas manos la corona de espinas, y besándola una y mil veces, la conserva para memoria de tan infausto dia.

Ya está embalsamado el cadáver y se prepara su entierro. ¡Ay, señores, qué objetos tan desconsoladores me rodean!... ¡Qué recuerdos tan amargos me fatigan y llenan de congoja!... ¡Interin la pérfida Jerusalem, envanecida con el brillo de su opulencia, corre llena de alegría en pos de los placeres, el Salvador es conducido en la mayor pobreza y desconuelo á un sepulcro desierto!... ¡Ah!... ¡cuánto desearia describiros dignamente aquella triste escena!... Contemplad conmigo, señores, en silencio el aparato fúnebre con que es conducido el Salvador al sepulcro. Los brazos de su querida Madre, los de

unas piadosas mujeres y de algunos desconsolados discípulos que lloran su muerte... ¡Ingrata Jerusalen! Grandes de la tierra, ¡cuán funesta será para vosotros algun dia esta memoria! ¡Cuánto os horro- rizará entonces la pobreza con que es conducido el Salvador al sepulcro, comparada con el fausto y la ostentacion mundana! ¡Ay, mis amados, si me fuera dado detenerme en estas reflexiones! Pero no nos separemos de la sagrada historia.

Depositado ya el cadáver de Jesus en el sepulcro, vuélvese la desconsolada Madre á la ciudad deicida; pero le era preciso atravesar de nuevo el Calvario, y hasta entonces puede decirse que no habia experi- mentado las amargas consecuencias de su soledad. El Calvario, señores, era el lugar destinado para el suplicio de los malhechores. Allí quedaban sus cuerpos pendientes de cruces y palos, é iban cayén- dose á pedazos segun iban corrompiéndose. Allí estaba sembrado el suelo de huesos descarnados, cabezas y miembros podridos, y era el lugar tan asqueroso y despedia un olor tan hediondo, que excedia al muladar donde fuera arrojado Job, tipo y figura del Mesías. Y todos estos horrores y los ves- tigos tan recientes de la catástrofe que habia tenido lugar en aquel dia en los mismos sitios, renovaban las heridas de esta triste Madre, esparciendo sobre su corazon una sombra difícil de expresar ni conce- bir. «Mirad, decia á sus desconsolados compañeros; sobre esa piedra fué embalsamado mi querido Jesus...

hé aquí la señal del golpe de sangre que arrojó de su costado cuando fué herido por la lanza del solda- do... aquí le crucificaron, estos son los vestigios del cruel sacrificio... sobre esta piedra estuvo sentado el amado de mis entrañas mientras preparaban lo ne- cesario para su crucifixion... aquí hallé á mi querido Jesus con la Cruz á cuestas, insultado, escupido, caido y cubierto de ignominias... este es el pretorio de Pilato...» y en esta continúa representacion de los pasos más amargos de la Pasion del Salvador, llegó, al fin, la afligida María á una humilde habita- cion, que de antemano le habian dejado preparada los fieles discípulos.

Era ya bien entrada la noche, y la memoria de lo pasado en aquel dia, y el murmullo sordo que re- suena por todas partes, y las sombras de la noche, que van más y más aumentándose, llenan á esa tierna Madre de una tristeza y desconsuelo cada vez más amargos. ¡Triste noche, triste noche! ¡no la hubo en los pasados siglos ni la habrá jamás en los futuros! Por todas partes imágenes fúnebres; por todas partes se han derramado la tristeza, el horror y el espanto... los gentiles yacen aterrados con los movimientos de la tierra y las señales espantosas del cielo... los judíos, llenos unos de terror, otros de arrepentimiento y afliccion, otros entregados á una estúpida alegría por el triunfo de su odio feroz contra el Justo... los discípulos fugitivos y disper- sos... y sólo María, sumergida en su triste soledad,

entregada al dolor más profundo. ¡Oh soledad más amarga que la misma muerte! ¡Tú me representas aquella ciudad embelesadora de Sion, descrita por Jeremías, que habia quedado sola y abandonada como la viuda, y sus amigos se trocaron en enemigos, y no hay quien la consuele entre todos los que la amaban! *Facta est quasi vidua, etc.* ¡Oh Virgen dolorosísima, quién se compadecerá de tí, quién te consolará! Pero no hay consuelo ni en el cielo ni en la tierra para esta desgraciada Madre que, más fuerte que Resfa, Agar y la madre de los Macabeos, ha presenciado el sacrificio más horroroso que vieron jamás los siglos. Yo me la represento exclamando en medio de su dolor: «¡Oh Dios mio, oh Padre mio, qué torrente de amargura inunda mi alma! Vos me habeis abandonado... sobre mí se ha descargado tu furor, etc.»

Pero, mis amados, no siente sólo la afligida Madre la separacion material de su amado Jesus. Otra soledad más amarga y funesta la atormenta por su carácter de co-redentora, y esta es la soledad del pecador abandonado de Dios, efecto funestísimo del vicio de la reincidencia, materia que quedó pendiente ayer y nos servirá hoy de reflexion moral.

Y ¡qué funesto es, señores, el estado de un pecador endurecido, abandonado de Dios y entregado á los horrores de la impenitencia! Este desgraciado, en los primeros momentos, parece inquieto alguna vez por los remordimientos de su conciencia; pero poco á poco se adormece, se endurece y se entrega á todo género de horrores. Y un corazon endurecido, señores, es un corazon que, en medio de la más profunda paz, está siempre dispuesto á los deleites carnales y jamás á las impresiones de la gracia. Un corazon que, segun el Padre San Bernardo, se resiste á los más eficaces llamamientos; que no se vence por los ruegos; que no se avergüenza en los mayores delitos; que no se estremecce en los peligros más inminentes. Un corazon que, sepultado en el más profundo sueño y atónito con el estrépito de las pasiones, y sumergido en la embriaguez de los deleites, y olvidado hasta de sí mismo, no piensa en las abominaciones pasadas, ni en los peligros presentes, ni en los temores del porvenir: *præterita obliviscens, præsentia negligens, futura non providens*. Un corazon, en fin, que vive y muere en su profundo sueño, sin que haya para este desgraciado remedio alguno. Consejos saludables, discursos convincentes, ejemplos espantosos... nada basta para despertarlo del profundo letargo en que yace. ¿Quereis una exacta imágen del pecador endurecido? Pues recordad á Jonás, cuando huye de la presencia del Señor. «Dormia un sueño profundo,

dice la Escritura santa. Levántanse los vientos; enfurécense las olas; brama el mar con estruendo horrible; levanta sus olas hasta las nubes, y en medio de tan deshecha borrasca, duerme Jonás tranquilamente:» *Dormiebat sopore gravi*. Tiemblan los más animosos y se ha pintado en sus rostros el susto y la desesperacion; óyense por todas partes espantosos lamentos, y entretanto, Jonás, única causa de la cólera del cielo, está próximo á sumergirse en los abismos del mar y, sin embargo, dormia un sueño profundo: *dormiebat sopore gravi*. Exacta pintura del pecador que vive de asiento en su pecado y abandonado de Dios. Todas las pasiones, todas las maldades se han apoderado de su alma; una muerte pésima pondrá término muy pronto á su vida disoluta é impía; todo le amenaza su próxima ruina; cuantas cosas le rodean andan solícitas y turbadas... ¡él sólo no se turba! *dormiebat sopore gravi*. El Juez eterno tiene contados sus pasos; vé que va á cumplirse ya el término fatal de su carrera; ya ha levantado su espada... mas él cierra tranquilo sus ojos y duerme en el horroroso caos de la impenitencia: *dormiebat sopore gravi*. ¡Qué horroroso es el estado del pecador impenitente! Pues á él nos conduce infaliblemente la reincidencia.

Porque, en efecto, señores; no hay cosa que más separe á Dios de un alma que verla ocupada en reparar continuamente la obra del demonio y en reedificar lo que habia destruido la gracia. Por eso la

Escritura santa llama reos de maldicion eterna á los que se atrevieran á levantar los muros de Jericó, que habian sido destruidos al ruido de las trompetas de los sacerdotes de Judá, cuyos muros, segun la exposicion conteste de los Padres católicos, figuraban el muro de separacion entre Dios y el pecado. Dios, señores, se cansa de seguir los pasos de un pecador que está continuamente recayendo, y de tenderle tantas veces su mano amorosa, y aquella sensibilidad hácia las verdades eternas se apagará, y aquellos crueles remordimientos que no le dejaban vivir tranquilo en el estado de la culpa, se calmarán; ¿quereis repetidos ejemplos que comprueben esta verdad? Pues consultad en primer lugar la Escritura sagrada.

¿Veis un Acab, que ya cubre su cabeza de ceniza, ya vuelve á Batel á sacrificar á Baal; que tan pronto se humilla ante el profeta Elias, como vuelve á la idolatría? ¿Veis un Sedecías que envia llamar á Jeremías para saber la voluntad del Señor, y al salir este ya vuelve á caer en sus pasadas tinieblas, y manda precipitar al profeta, y vuelve á llamarlo al dia siguiente, y vuelve de nuevo á ultrajarle? ¿Veis un Saul, que hoy estrecha contra su pecho á David y le dá el ósculo de paz, y mañana le busca para perderlo? Pues estos, jamás, jamás hicieron penitencia. Porque la reincidencia en el pecado obstruye los medios de salvacion, hace que Dios se canse de estas continuas alternativas del pecador y no le di-

rija sus auxilios y hace con su particular malicia que camine á la más incurable obcecacion.

Consultad tambien nuestra misma experiencia. Trasadémonos ante el lecho del moribundo, que ha vivido en la continua alternativa de reconciliaciones y de pecados, y vedlo tranquilo, frio é insensible, olvidado de sí mismo. Y ved cómo se acercan los Ministros del santuario, le recuerdan la bondad sin límites del Señor, la sangre preciosa que inundó la cumbre del Calvario, el tesoro inagotable de gracias que se conservan en los Sacramentos, mas él permanece sumergido en su profundo sueño, como si nada sucediera en torno suyo: *dormiebat sopore gravi*. Redoblan aquellos su celo; preséntanle la ira de Dios semejante á un espantoso volcan que toca y derrite los montes; le recuerdan la justicia inexorable del Altísimo, empapando sus saetas en la sangre del pecador; el infierno con todos sus horrores, mas él responde muy tranquilo: «no puedo arrepentirme:» *dormiebat sopore gravi*. Y ¿qué se sigue de aquí, mis amados? Que entonces el Señor, fijando su vista de fuego sobre el pecador endurecido, le dice: «tú te has apartado de mí, has despreciado mis avisos, has hollado mis gracias... pues yo no te conozco!...» ¡Ay, señores, qué densas tinieblas se han apoderado de mí!... ¡Quién de vosotros no se habrá conmovido y cubierto de espanto!... ¡Reincidencia, impenitencia, eternidad! ¡Oh reincidencia, tan comun, tan frecuente, tan connaturalizada con nosotros!

Y ¿me preguntareis ya la causa del dolor sin límites que aflige hoy á nuestra tierna Madre? Ella no ha sido privada sólo del objeto de su amor; no ha seguido sólo la pompa fúnebre de su amado y le ha conducido al sepulcro, al través del regocijo estúpido y feroz de la pérfida Jerusalem... ha visto tambien al pecador reincidente, precipitándose de abismo en abismo, de maldad en maldad y abandonado de Dios, y entregado á la soledad de sí mismo y á los horrores de la impenitencia. Su dolor es sin límites, su desamparo no tiene semejante, puesto que es hijo del amor más esquisito hácia el hombre. Por eso exclama á su eterno Padre con las palabras tantas veces repetidas: «Sobre mí, etc.»

Vosotros, mis amados, no seais indiferentes á la escena de amargura y horror que hemos contemplado hoy. Esa soledad y desamparo de la afligida María figura la nuestra, cuando el Señor nos abandona en los brazos del pecado. ¡Ay! ¡qué espantosa debe sernos esta memoria! ¡Pidamos á nuestro Dios, por la mediacion de la Santísima Virgen en su soledad amarga, que nos libre de este cúmulo de horrores y que concluya entre nosotros para siempre el pecado, para siempre, para siempre!—AMEN.